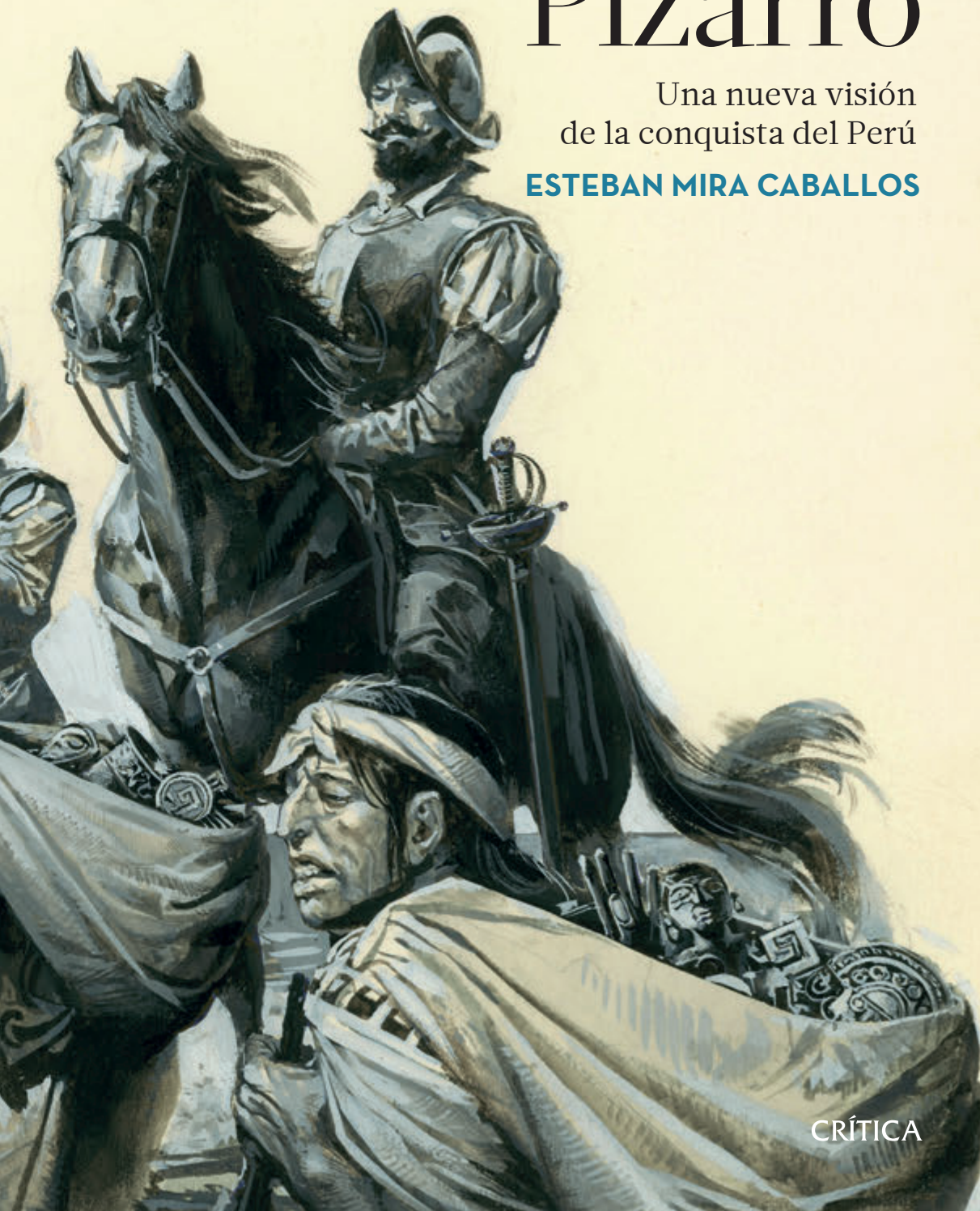


Francisco Pizarro

Una nueva visión
de la conquista del Perú

ESTEBAN MIRA CABALLOS



CRÍTICA

Esteban Mira Caballos

FRANCISCO PIZARRO

Una nueva visión de la conquista del Perú

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2018

Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú
Esteban Mira Caballos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Esteban Mira Caballos, 2018

© de los mapas, Carles Salom, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-66-3
Depósito legal: B. 669 - 2018
2018. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A..

1

Auge y ocaso de los incas

EN AMÉRICA DEL SUR existía una gran civilización excedentaria, con una organización compleja. Se trataba del Tahuantinsuyu, la mayor organización política de la América prehispánica que en su época de máxima expansión, en tiempos de Huayna Cápac, alcanzó, a decir de Juan de Betanzos, una extensión de más de mil leguas.¹ Efectivamente abarcó a buena parte de los actuales estados de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, además de algunas porciones de Brasil, Argentina y Colombia, aunque su población era menos densa que en Mesoamérica.² Por tanto, parece obvio que se puede hablar con propiedad de la existencia de un verdadero imperio, es decir, una estructura estatal que se superponía a diversas nacionalidades que habían sido sometidas.³

El nombre aludía a las cuatro *suyu* o regiones, las cuatro partes del mundo que diría el Inca Garcilaso: Collasuyo, Antisuyo, Cuntisuyo y Chinchasuyo.⁴ A su vez estas se estructuraban en provincias (*marka*), pueblos (*llakta*) y comunidades (*ayllu*).⁵ Cusco —el Q'osqo quechua— significaba algo así como ombligo, el ombligo del mundo, claro.⁶ Una ciudad preincaica desde cuyo templo principal, el Coricancha, partían los cuatro caminos que se dirigían a cada una de las partes del estado, con una extensión de más de cinco mil kilómetros a lo largo de los Andes, desde la parte meridional de Colombia al norte de Chile.

Abarcaba tres espacios naturales bien diferenciados y complementarios desde el punto de vista económico. Se trataba de tres franjas de

norte a sur: la costa, en la parte occidental y en buena parte desértica; la sierra, en la zona central del incario, y la selva, que constituía la franja oriental, cubierta de un amplio bosque tropical y ecuatorial.⁷

En la capital residía el inca, identificado como el hijo del Sol, la máxima autoridad civil y religiosa. En toda la época prehispánica se tiene constancia de trece incas, según unos cronistas, o catorce, según otros, incluyendo a Atahualpa.⁸ Residían, asimismo, los funcionarios y disponían de vivienda los principales curacas o jefes de los ayllus. Con esta medida, el soberano creaba un estrecho vínculo y a la vez un férreo control sobre los jefes de los distintos pueblos sometidos a la autoridad imperial.⁹ Dado que tenían el océano Pacífico al oeste y la selva ecuatorial al este, pensaban que la expansión había terminado y que ahora solo tocaba consolidar el dominio sobre tan vasto territorio.

El incario fue una civilización rural y campesina, de ahí que, salvo Cusco, sus ciudades fuesen pocas y de un tamaño bastante reducido. Su función era simplemente servir de depósitos estatales y dar cobijo a tres grupos de personas: primero, a una élite nobiliaria y eclesiástica, vinculada a la capital, para defender los intereses del imperio. Segundo, a los funcionarios encargados de gestionarlos y de prestar los servicios. Y tercero, a los artesanos y trabajadores, como las aclla o vírgenes del Sol, que además de cuidar del culto solar fabricaban tejidos finos, y los yanaconas, a medio camino entre lo que en Europa serían los siervos y los esclavos. Por esos motivos, los edificios eran muy concretos: templos, acllahuasis o conventos de vírgenes del Sol, palacios de la élite dirigente, depósitos —denominados «galpones» por los hispanos— y algunas viviendas para sacerdotes, artesanos y otros servidores reales.¹⁰

Desarrolló una estructura comunitaria y redistributiva estatal que le permitió superar las desventajas de su agreste medio natural.¹¹ Especialmente asombrosa era su ya citada red viaria, con una longitud total de unos cuarenta mil kilómetros de los que están documentados y cartografiados poco más de veintitrés mil.¹² Estas calzadas eran una verdadera obra de ingeniería, pues se adaptaban a la topografía del terreno, sorteaban escorrentías y las jalonaban no solo con tambos sino también con alojamientos para los chasquis —mensajeros—, puestos de observación y oficinas de administración de los centros de producción agrícola, ganadera y minera.¹³ Había dos vías principales: una que recorría la sierra de norte a sur y otra que unía los valles entre sí.¹⁴ La complejidad de su red viaria era tal que muy pocos estados de

su tiempo podían igualarla, aunque esta circunstancia fue una baza que los conquistadores usaron en su propio beneficio. En cualquier caso, es obvio que poseían una estructura política compleja, basada en la supremacía militar y en el terror, muy similar a la de otros estados expansivos a lo largo de la historia, como los acadios, los persas, los asirios, los cartagineses o los romanos, por citar solo algunos ejemplos.

Tenían algunos rasgos propios de las altas civilizaciones, como finos tejidos, cerámica, infraestructuras, irrigación, etc., pero carecían de otros, como la rueda, el arco o la escritura.¹⁵ Sin embargo, estas ausencias se debían más a un desinterés por estos elementos que a un atraso civilizatorio. Ellos utilizaban rodillos para mover grandes bloques pétreos y si no inventaron la rueda sobre un eje fue porque carecían de animales de tiro. Lo mismo puede decirse de la escritura; utilizaban el *quipu*, un eficaz sistema que no solo registraba datos contables sino también hechos y mitos del pasado, evitando de esta manera el desarrollo del alfabeto.¹⁶

Sus orígenes se remontaban al año 1100 d. C. cuando una tribu del entorno del lago Titicaca se desplazó hacia el valle de Yucay, fundando la ciudad de Cusco.¹⁷ Nada tiene de particular, pues, la influencia de la cultura de Tihuanaco que se desarrolló en el entorno de aquel lago a partir del siglo VII d. C. De hecho, ya en aquella civilización existía la máxima autoridad, similar al inca, que ostentaba el máximo poder civil y religioso, considerándose la encarnación del Sol y el máximo representante de la divinidad en la tierra.¹⁸

A lo largo de varios siglos, especialmente en la segunda mitad del siglo XV, sometieron, estructuraron y organizaron el más vasto territorio político de la América precolombina.¹⁹ Consiguieron una rápida integración de los nuevos territorios gracias a unas eficacísimas comunicaciones, a una administración muy desarrollada y a un sistema de pactos con los vencidos. Numerosas etnias, como los tallanes, chachapoyas, huamachucos, nazcas, chancas, puquinas, aimaras y collaguas, fueron sometidas violentamente. Todos aceptaron a regañadientes la autoridad de Cusco, tras ser derrotados militarmente. Aquellos impusieron el quechua como lengua cortesana, cuyo uso se extendía a lo largo de toda la cordillera de los Andes, aunque quedaron extensas zonas en la selva que se mantuvieron al margen de su control, conservando su lenguaje original.²⁰ Asimismo, implantaron el culto al sol y a la luna que convivieron con las demás divinidades locales.²¹ Los incas

les permitieron hasta cierto punto mantener sus modos de producción, sus autoridades y algunas de sus tradiciones locales.²² Pese a todo, todavía a principios del siglo XVI, su lealtad al incario era muy frágil y pervivía la añoranza por su libertad perdida.

Cusco era una ciudad cortesana, la capital administrativa del imperio, donde se centralizaba el poder del estado. Allí estaba la corte, siempre bien provista de alimentos, que eran traídos desde todos los confines del imperio, incluido el pescado fresco de la costa.²³ Los cronistas de la época quedaron deslumbrados, pues, mientras Garcilaso de la Vega la comparó con Roma, Sancho de la Hoz la señaló como la ciudad principal, «donde tenían su residencia lo señores, siendo tan grande y hermosa que sería digna de verse aun en España...».²⁴ Residía en ella la nobleza que se organizaba en *panacas*, pues todo nuevo inca fundaba una en torno a la cual agrupaba a sus descendientes por línea materna.²⁵ Ahora bien, aunque los cronistas hablaban de palacios por asimilación al concepto que ellos conocían, no se pueden entender en el sentido europeo, pues no había un afán de monumentalidad. Eran edificios poco altos y con techumbres realizadas con materiales vernáculos, que no rompían la armonía de su entorno. En el lugar más céntrico estaba ubicado el templo principal, el llamado Coricancha, donde se rendía culto a los dos dioses principales, Viracocha, el creador, e Inti, el dios del Sol, junto a la esposa de este, Quilla, diosa de la Luna. En este recinto sagrado residía el gran sacerdote Ullac Umu, que cuidaba del culto en todo el territorio y de la custodia de las momias de los monarcas.²⁶

Disponía de una imponente fortaleza construida con piedras ciclópicas, la de Sacsahuamán. Desde ella se garantizaba la defensa de la capital, sirviendo asimismo de arsenal pues, según el cronista Sancho de la Hoz, allí había depositadas «porras, lanzas, arcos, flechas, hachas, rodela, jubones... y otras armas de diversas maneras y vestidos para los soldados».²⁷ El recinto disponía de tres líneas de murallas y el mismo número de torres, lo que lo hacía casi infranqueable. El citado cronista Sancho de la Hoz escribió que, pese a que muchos habían estado en Italia y en otros reinos *extraños*, nunca había visto nadie un alcázar tan fuerte.²⁸

La mayor parte de los restos arquitectónicos quechuas se encuentran en el altiplano, donde la materia prima era la piedra. En cambio, a lo largo de la franja costera se construía con adobe, por lo que los restos que se han conservado hasta nuestros días han sido pocos.²⁹

ESTRUCTURA SOCIOECONÓMICA

El mayor mérito de los incas consistió en crear una estructura económica razonablemente próspera, basada en los principios de producción, recaudación y redistribución. Huelga decir que no poseían ningún rasgo ni tan siquiera parecido al capitalismo, pues ni usaban dinero, ni las producciones se regían por las reglas del libre mercado.³⁰ Más bien al contrario, el estado acaparaba una buena parte de la producción, encargándose después de su redistribución. Según explicó magistralmente John Murra, había una reciprocidad a dos niveles: entre los propios ayllus, que se encontraban relacionados por lazos de parentesco, y entre estos y la administración central.³¹ Aunque muchos cronistas lo idealizaron, pensando que esos grandes almacenes evitaban el hambre de la población, estaba claro que esta reciprocidad entre las comunidades de base y la administración era asimétrica.³² Pese a ello, hasta cierto punto la organización administrativa y política se regía por los principios de equidad, equilibrio y solidaridad, minimizando el impacto de las hambrunas. Esto dotaba al sistema de una razonable viabilidad.³³

Había tres tipos de tierras: las del sol, las del inca, y las de los ayllus. Las primeras se dedicaban al mantenimiento del estamento eclesiástico —santuarios, casas de vírgenes y templos—; las segundas, al sostenimiento de la administración central y su burocracia y, las terceras, al sustento de los campesinos. Pero en realidad, todas pertenecían al estado, que se reservaba las más fértiles, mientras que el resto las explotaban los campesinos, a través de sus respectivos ayllus. Estos últimos eran unidades políticas, sociales y económicas, basadas en clanes con cierto grado de parentesco que compartían y cultivaban la tierra colectivamente. Se trataba de una genuina forma de organización, aunque guardaban ciertos paralelismos con otras estructuras clánicas o parentales vigentes en otros lugares del mundo y en otras épocas.³⁴ La mayor parte de las tierras del ayllu se explotaban colectivamente, entre ellas las del curaca, aunque a cada familia se le asignaba una parcela —*chacra*—, cuya extensión era proporcional al número de miembros de la misma y a la fertilidad del terruño, con la idea de que garantizase su subsistencia. Varios ayllus formaban un distrito, varios distritos una provincia y varias provincias un suyu, de los cuatro en los que se dividía el estado.³⁵ Evidentemente, las tierras del sol y las del inca pasaron inmediatamente a poder de los extranjeros, simplemente por el cambio

de titularidad en el poder político, mientras que las tierras de las comunidades se mantuvieron parcialmente durante varios siglos.³⁶

Queda claro que no era una economía primitiva sino estatalizada, en la que el estado, personalizado en el poder supremo del inca, concentraba todo el poder. Su decisión, a veces arbitraria, era inapelable, sagrada y la pena capital se aplicaba incluso a delitos menores, como el hurto o el adulterio. Cuando se sometía un territorio, repartían las tierras en las tres partes ya citadas: una para el inca, otra para los templos y la última para la comunidad, teniendo siempre en cuenta que bastase para el sustento de sus habitantes. Incluso si el año era estéril, la comunidad era también socorrida de los depósitos estatales, al igual que el propio inca.³⁷

Consiguieron una agricultura próspera, gracias a una tecnología eficiente: empleo de fertilizantes de origen orgánico, implementación de una densa red de irrigación y el uso de terrazas, lo que les permitía utilizar eficientemente las laderas de las altas montañas andinas. Su ingeniería hidráulica llegó a ser verdaderamente sorprendente, pues crearon una amplia red de acequias, desviando incluso algunos cauces de ríos. La organización hidráulica de Cusco y su valle fue especialmente compleja, ampliando la cuenca del río Huatanay, a través de la acequia de Chinchero que llevaba el preciado líquido hasta las fértiles tierras de su distrito.³⁸ Cultivaban múltiples variedades de papas, así como maíz, cacao, papaya, tomate, calabaza y alubias, entre otras especies. Con dicha actividad obtenían excedentes suficientes para mantener la infraestructura estatal, formada por la familia real, los funcionarios y el ejército. Esa eficiente actividad agraria, así como la redistribución, fue la que permitió la existencia de una capital como Cusco, que llegó a disponer de una población cercana a las 200.000 personas.³⁹

La ganadería tenía un peso menor y se basaba en la cría de camélidos de la tierra, como la llama, la alpaca y la vicuña. La primera era empleada como animal de carga pues, aunque no soportaba más de cincuenta kilogramos, resistía con facilidad las alturas andinas. También usaban su lana para fabricar tejidos, su piel para la fabricación de cueros y su excremento seco como combustible.⁴⁰ Es decir, se aprovechaba casi todo de ella, mientras que las vicuñas y las alpacas ofrecían una lana mucho más fina. Asimismo, tenían un gran respeto por la tierra, la Pachamama, a quien rendían culto. Periódicamente le hacían ofrendas —pagos— como agradecimiento a los bienes que esta les proporcionaba y para propiciar las buenas cosechas.⁴¹

El sistema distaba mucho de ser idílico como quería el Inca Garcilaso, responsable de la idealización del mundo incaico.⁴² Sin embargo, mantenía una racionalidad interna que permitió su supervivencia durante largo tiempo. Cabría plantearse, ¿la autocracia inca era más benevolente que la hispánica? Por lo general los naturales vivieron mejor en la época prehispánica que en la hispánica, cuando se les obligó a trabajar sistemáticamente con frecuencia a cambio de nada. Ahora bien, en ambos casos la población estaba sometida al poder de un imperio y debía trabajar duro para pagar sus impuestos y mantener la estructura política. Asimismo, como bien explicó María Rostworowski, gran parte de esos enormes depósitos estatales no se destinaban al pueblo, ni a paliar situaciones de hambrunas, sino a comprar las voluntades de los curacas y señores principales.⁴³ El sistema padecía graves deficiencias y provocaba injusticias, aunque no mayores que las que el naciente capitalismo generaba en Europa.

El dominio de los incas fue duro y cruel pero también redistributivo, una virtud que obviamente desapareció tras la conquista. Los nativos fueron desposeídos de los medios de producción, pues los ayllus fueron progresivamente desapareciendo, pasando la tierra a ser una regalía regia. Bien es cierto que a la postre, para garantizar la supervivencia de las comunidades indígenas, se permitió la existencia de tierras comunales y el mantenimiento de sus jerarquías sociales.⁴⁴ Pero al tiempo que desaparecían parcialmente sus ayllus, se les obligó al pago de gravosos tributos y a la prestación de servicios personales, como la mita,⁴⁵ lo que provocó un sufrimiento atroz de la población. La sociedad virreinal los ubicó en el último peldaño de la estructura social, en un nivel de servidumbre para muchos de ellos sin precedentes. Cuando se quisieron dar cuenta, era demasiado tarde.

EL OCASO

Cuando los europeos llegaron a las fronteras del incario, hacía cuatro años que el territorio se encontraba inmerso en una guerra civil fratricida. En el germen del conflicto estaba la concepción del poder que se caracterizaba por dos aspectos: en primer lugar, que no se regía por la primogenitura de la coya o de la mujer principal, sino que era decisión final del inca cesante.⁴⁶ Y en segundo lugar, por la existencia de una tradición dual, de origen preincaica, según la cual podían coexistir un

inca superior y otro inferior.⁴⁷ Lo cierto es que cuando llegaron los hispanos, Atahualpa gobernaba en el norte, con capital en Quito, y Huáscar en el sur, con capital en Cusco, existiendo grandes hostilidades entre ellos. Al parecer, el enfrentamiento fue iniciado por Huáscar, cuando intentó que su medio hermano le reconociese su vasallaje y renunciase a la conquista de nuevos territorios.⁴⁸ La política de ambos contendientes fue la de causar el mayor daño posible a su adversario; lo que en la Europa contemporánea llamamos una «guerra total». De hecho, cuando el general quiteño Quizquiz se replegó desde Cusco a Quito, contaban los cronistas que fue asolando y quemando todo cuanto encontraba a su paso, «tanto para impedir que les siguieran como para empobrecer el terreno».⁴⁹ Asimismo, el estado incaico, tal como lo conocieron los españoles, era relativamente joven, pues la expansión había llegado en los reinados de Túpac Yupanqui y de su sucesor Huayna Cápac.⁵⁰ La conquista del reino de Quito por los incas fue complicada y la casi invencible casta de los orejones fue derrotada en más de una ocasión a manos de los rudos pero belicosos cayambis.⁵¹ También es cierto que muchas tierras habían quedado vinculadas al inca, a los templos del sol y a los nobles, reduciendo la propiedad comunal de los ayllus. Además, las crecientes necesidades de reciprocidad con los nuevos líderes indígenas obligaba a seguir conquistando territorios para satisfacerles. Por ello, el estado inca había entrado en una peligrosa espiral que obligaba a una expansión continua.⁵² Se puede decir que los europeos llegaron en un mal momento, en plena guerra civil y cuando aún el estado no había cimentado su expansión. La fractura del incario en dos, el norte controlado por Atahualpa y con capital en Cajamarca, y el sur en manos de Huáscar y con capital en Cusco, fue otro de los grandes factores que facilitaron su ocupación. Si la conquista se hubiese retrasado tan solo unos meses se hubiesen encontrado el territorio reunificado bajo el mando de Atahualpa, una persona sagaz, valiente y experimentada en la guerra.⁵³

Algunos pueblos llevaban pocas décadas sometidos, por lo que aún añoraban su libertad perdida.⁵⁴ Por eso no es de extrañar que muchos vivieran la invasión como la oportunidad que esperaban para recuperar su autonomía. De hecho, algunos aceptaron la alianza con los hispanos para ganar cuotas de poder, asimilándose rápido al nuevo orden.⁵⁵ Otros, contemplaron los cambios con indiferencia y ello por la mentalidad cíclica de los antiguos habitantes del Tahuantinsuyu. El tiempo no era una línea recta sino una espiral que cada cierto tiempo

cerraba un ciclo y abría otro.⁵⁶ Los españoles fueron vistos como los protagonistas de una nueva era que irremediabilmente iba a cambiar su mundo.

Sin embargo, cuando se quisieron dar cuenta del problema que se les venía encima, se encontraban sometidos a un yugo aún mayor que además acabó en breve plazo con su forma de vida tradicional. Como decíamos, si los hispanos se hubiesen retrasado solo unos meses, hubiesen encontrado el incario regido desde Cusco por Atahualpa. La resistencia hubiera sido mucho mayor y probablemente hubiesen condenado al trujillano al fracaso.

Ahora, bien, una idea muy generalizada en la historiografía es pensar que el Tahuantinsuyu se encontraba en decadencia: fragmentación entre norte y sur hasta el punto del enfrentamiento armado, desaparición de principios básicos de la civilización andina como la redistribución, diferencias sociales excesivas, expansión de la propiedad privada, y sentimientos disgregadores entre los pueblos recién sometidos.⁵⁷ Pero observemos varias cuestiones: con Huayna Cápac, el estado había alcanzado su máxima expansión y su hegemonía era respetada desde Tumbes a Chile. El propio concepto de Tahuantinsuyu, que designaba la unión imperial de los cuatro suyus, fraguado en esos años, implicaba un esfuerzo de integración, impulsado desde la autoridad central cusqueña.⁵⁸ Existían los desajustes propios de una expansión excesiva en un lapsus de tiempo excesivamente breve. Quedaban décadas para armonizar todos los territorios, como le ocurrió a todos los imperios a lo largo de varios miles de años de historia. Pero, de ahí a hablar de decadencia, media un abismo.

En realidad, no existía tal decadencia; el verdadero problema del incario, el que iba a provocar su derrumbe a corto plazo, comenzó justo en el momento que el inca de la panaca de Tomepumpa, Huayna Cápac, oyó hablar de la arribada de gente extraña a las costas quitanas. El enfrentamiento armado no se produjo en aquella ocasión, pero les dejaron el más invisible de los asesinos: la viruela.⁵⁹ A principios de 1530, el territorio fue devastado, acabando con la vida del mismísimo inca.⁶⁰ Las consecuencias fueron graves y traumáticas para ellos, fundamentalmente porque perdieron a un líder carismático que había extendido los límites del incario, reprimiendo numerosas sublevaciones y anexionando Quito en 1487. Al morir prematuramente, sin haber dejado consolidada su sucesión, provocó una guerra civil, protagonizada por los dos hermanastros. Pero su muerte fue solo la punta del

iceberg de los estragos que la epidemia causó a lo largo y ancho de Tahuantinsuyu. De hecho, según Cieza de León, murieron más de 200.000 naturales,⁶¹ a los que se unieron a partir de 1531 otras muchas víctimas en una segunda oleada epidémica de sarampión y peste pulmonar.⁶² Según Francisco de Jerez, cuando entraron en Túmbez en la tercera expedición, se la encontraron destruida y con señales de haber sido incendiada, lo que atribuyó a la epidemia que diezmó a su población y a la guerra que su curaca, el sanguinario Quilimasa, mantenía con los naturales de la isla de Puná.⁶³

Ello además provocó una guerra civil entre los hermanastros por acceder al trono cusqueño. Unos enfrentamientos que habían sido cíclicos al no estar legislada la sucesión, como ya dijimos.⁶⁴ Bien es cierto que esta circunstancia, aunque provocaba periódicamente disturbios políticos, también permitía acceder al poder al más cualificado o al que más apoyos tenía.⁶⁵ Todo porque el orden de sucesión lo decidía el propio soberano, que solía elegir al más apto de entre sus vástagos varones.⁶⁶

No está muy claro qué ocurrió tras la muerte de Huayna Cápac; todo parece indicar que el elegido para sucederle fue Huáscar, que quedó en Cusco, mientras que su hermano permaneció destacado en Quito. Ambos eran hijos del inca, pero habidos con dos mujeres diferentes: Huáscar era hijo de Ragua Oollo, de la panaca de los Hurin, ubicada en la parte baja de Cusco, y Atahualpa de Palla Coca, de la panaca de los Hanan, en la parte alta de la misma ciudad.⁶⁷ Ahora bien, no parece que Huayna Cápac dividiera su estado en dos como sugieren algunos cronistas e historiadores, sino que Atahualpa era una especie de gobernador del norte subordinado al legítimo inca.⁶⁸ La propia actitud de aquel apunta a ello, pues fue en su entrada en Cajamarca la primera vez que se ciñó la mascapaicha,⁶⁹ después de conocer la derrota y el cautiverio de su hermano. El hecho de que no la usara con anterioridad indica que el legítimo y único monarca hasta esos momentos había sido su hermanastro. También los propios hispanos reconocieron su legitimidad, pues los sucesores que colocaron —Túpac Huallpa y Manco Cápac— eran todos de la panaca cusqueña de los Hurin. Durante algunos años el usurpador estuvo tranquilo, aparentando sumisión hasta que se sintió con fuerzas para retar el poder de su medio hermano.

Huáscar disponía de notables apoyos entre las jefaturas más incaizadas del centro y del sur, así como entre la élite cusqueña.⁷⁰ Atahualpa, en cambio, contaba con el respaldo de la mayor parte de los pueblos del norte y con el eficaz ejército de la frontera, capitaneados por los brillantes *sinchis* Quizquiz, Rumiñahui, Ucumari y Calcuchímac.⁷¹ De no haber aparecido los hispanos, o de haberse retrasado su llegada un tiempo, se hubiese coronado inca en Cusco. De hecho, estando ya los hispanos en el incario, poco antes de la celada de Cajamarca, este había derrotado totalmente a las tropas de Huáscar. En un principio vencieron al general Atoc, luego a Huanca Auqui y finalmente al propio inca en la batalla de Chontacaxas, en la que fue apresado por Quizquiz. Cuando llegaron los hispanos, Atahualpa estaba a punto de entrar solemnemente en Cusco. Y ello porque mientras Huáscar era un cortesano sin apenas conocimientos militares, Atahualpa había heredado de su progenitor su capacidad de liderazgo político y militar. Además disponía de un largo entrenamiento, pues llevaba varios años encabezando el ejército de la frontera norte y disponía de brillantes estrategias.⁷² El inca quiteño es descrito por los cronistas como una persona joven, de apenas treinta años, bien dispuesto y respetado. Francisco de Jerez, que lo conoció personalmente, afirma que este pretendía asentar su poder a sangre y fuego. Dada la crueldad con la que sometía a todos sus oponentes, nunca fue un rey respetado sino solo temido. Ello explica que algunos pueblos al norte de Cajamarca, como los cañaris, se sumaran rápidamente al bando de los extranjeros. Salvando las distancias, los cañaris fueron para la conquista del incario lo que los tlaxcaltecas para la de los mexicas.

Sin embargo, por desgracia para Atahualpa, la llegada de las huestes españolas cambió el rumbo de los acontecimientos. Dos problemas internos aceleraron su hundimiento, a saber: primero, su rígida y sacralizada estratificación. El inca era el hijo del Sol, un dios terrenal al que todos servían ciegamente, unos por una cuestión religiosa y otros por temor. Un sistema teocrático que se vio decapitado cuando murieron Huáscar y Atahualpa.⁷³ Y segundo, el hecho de que fuese un estado muy joven, en construcción.⁷⁴

Nada más llegar a la frontera del Tahuantinsuyu, los hispanos se encontraron con la grata sorpresa de la guerra civil. Ello les evitaba muchas molestias, pues no hacía falta provocarla, como había ocurrido en otras ocasiones. En un primer momento los partidarios de Huáscar vieron en los extranjeros la posibilidad de dar la vuelta a la con-

tienda que se les estaba poniendo cuesta arriba. La temprana ejecución del curaca de la Puná, Tumbalá, partidario de Atahualpa, hizo albergar vanas esperanzas.⁷⁵ No tardaron en desilusionarse cuando vivieron de primera mano que el enemigo lo que buscaba era la conquista de su imperio, lo que a la postre traería la destrucción total de su mundo. Otros, en cambio, como ya hemos afirmado, cuando los vieron aparecer, pensaron que era su oportunidad de vengarse de la tiranía impuesta por los incas. No olvidemos que el poder de estos se fundamentaba en el temor de los pueblos conquistados para evitar cualquier intento de rebelión. De hecho, los grandes sacrificios de jóvenes en los cerros de los Andes no se debían al deseo de rendir un tributo a sus dioses sino a la intención de infundir el terror a los pueblos sometidos.⁷⁶ La indiferencia de miles de nativos explotados por la élite hizo el resto, evitando una resistencia global. Evidentemente, para el campesinado indígena el cambio de amo les pareció en un primer momento algo poco trascendente, incluso esperanzador. Faltaba una conciencia de clase, pues el mundo indígena siempre fue diverso y padecía, a la llegada de los europeos, incontables enfrentamientos. Nunca vieron el proceso como un desafío global, sencillamente porque jamás se sintieron una unidad. Ni siquiera en los momentos inmediatamente posteriores a la conquista tuvieron ese concepto de clase frente a lo español. En ese sentido afirmó Luis Capoche que los naturales no entendían de pactos ni eran políticos pero que, si lo fueran, «pusieran en cuidado lo que se debía hacer con ellos».⁷⁷ Muchos de ellos malvivían en condiciones serviles que se mantuvieron, e incluso, se acentuaron después de la ocupación castellana. En principio, no les importaba demasiado un amo u otro porque era poco lo que tenían que perder. Las desafecciones dentro del incario eran muchas:

Primero, entre los yanaconas, que vivían en un estatus muy similar al de los siervos de la Europa feudal. Estaban adscritos a la tierra pero no podían ser vendidos. A todos ellos, en un primer momento no les importó la derrota del inca a manos de los extranjeros. Y posteriormente, coincidiendo con el alzamiento de Manco Cápac, lo traicionaron, temiendo que este los devolviera a la servidumbre. De hecho, según Antonio de Herrera, fueron estos los que avisaron a Juan Pizarro de las intenciones del inca. El trujillano los incorporó a su ejército y se dice que fueron mucho más crueles con sus congéneres que los propios españoles, haciéndoles «infinito derramamiento de sangre». Los yanaconas cometieron un error que pagarían con sus vidas, pues los extran-

jeros no solo no los liberaron de su servidumbre sino que, pese a lo dispuesto en la legislación, mantuvieron un estatus de semiesclavitud prácticamente hasta la independencia de Hispanoamérica.

Segundo, entre aquellos curacas que habían militado en el bando de Huáscar y que habían sufrido en sus propias carnes los castigos del inca vencedor. Todos ellos vieron en los extranjeros una posibilidad de vengar agravios.

Y tercero, entre pueblos que habían sido sometidos en tiempos de Huayna Cápac y estaban deficientemente integrados, como los huanacas, los cañaris, los chachapoyas y los chimúes. Estos últimos habían señoreado un gran reino milenario, al norte del imperio, que había sido sometido por los incas apenas unas décadas antes de que las huestes de Pizarro llegaran al Tahuantinsuyu.⁷⁸ También los lambayeques estaban dispuestos a ayudar al trujillano si este los libraba de la tiranía de unos y otros, es decir, tanto de los incas como de los chimúes.⁷⁹ Muchos de estos curacas fueron recompensados con la exención de tributos, la permanencia de su estatus y, en ocasiones, hasta con escudos de armas.⁸⁰ De ahí que una buena parte de la élite gobernante incaica, y hasta preincaica, se mantuviese intacta durante la colonia.

Con posterioridad, los tres caudillos de Atahualpa cometieron una cadena de errores imperdonables que les costó su derrota: Rumiñahui hizo caso omiso de la orden del inca de atacar Cajamarca, pese a que disponía de varias decenas de miles de guerreros experimentados. Y para colmo, cuando los hispanos fueron contra él en Quito, en vez de resistir abandonó la ciudad, lo que permitió que sus enemigos entrasen en la ciudad y nunca más la abandonasen. Calcuchímac fue engañado en Jauja, apresado y pocos meses después ejecutado. Y Quizquiz decidió abandonar Cusco y su imponente fortaleza de Sacsahuamán, en vez de resistir a los hispanos como había hecho Cuauhtémoc dos décadas antes defendiendo la capital mexicana del cerco de las huestes cortesianas. En definitiva, los tres cometieron errores tácticos que les costaron sus propias vidas, facilitando asimismo la caída del Tahuantinsuyu.

Ahora bien, de no haber estallado la guerra civil, es decir, de haber estado unido el incario, ¿se hubiera podido conquistar? Algunos cronistas como Pedro Pizarro o Antonio de Herrera afirmaron que no.⁸¹ Entre la historiografía contemporánea, Henri Favre escribió que de no haber sobrevenido esta crisis cíclica por la muerte de cada inca, no hubiese resultado tan fácil su conquista.⁸² En mi opinión, el Tahuantinsuyu

hubiera sucumbido de todas formas porque, como ya hemos dicho, las diferencias técnicas, tácticas y psicológicas entre ambos bandos eran abismales. Incluso, si Rumiñahui hubiese cumplido la orden de atacar Cajamarca y hubiese acabado con todos ellos, otros hubiesen llegado después y habrían culminado lo que Pizarro y sus compañeros empezaron. Con guerra civil o sin ella, con mayor o menor resistencia, el reino de los incas estaba destinado a su desaparición desde el mismo momento en que esos blancos barbudos desembarcaron en sus costas.